

LOS TIEMPOS

JENS BÜCHER

Los Tiempos
Jens Bücher
1985
Der.Res.Jens Bücher
No.Inscripción 116114
Santiago, Chile
www.persona.cl
www.bucher.cl

... desde donde a las cosas les viene su génesis
hacia allá también les ocurre su disolución
de acuerdo a la necesidad:
pues intercambian lo propio
con el equivalente de lo impropio,
según lo ordene el tiempo.

Anaximandro

Es una tela de luz
sobre la esfera
de roca y agua.

Se mantiene
adherida
como cariño y milagro.

Es el inicio
en la otra dirección,
el retorno invisible.

Digiere el universo,
transforma
piedra y aire,
que ahora sean cálidos,
íntegros, blandos,
y se muevan.

Pero ya desaparecen,
a veces, mira,
y son expresión.

Los obedientes, los animales,
a veces se equivocan
y regalan.

Como cáscaras, botados,
quedan sus cuerpos
visibles.

La armonía se multiplica
y se ancla ahora
en menos.

Son voz a sus leyes,
los transparentes,
juegan y brillan.

Se relacionan
y la piel tampoco
ya casi importa.

Valen,
y su proveniencia
transmuta.

Le quita la vida
unidad
a la piedra.

También a nosotros,
a los vivientes,
cuando vamos serenos.

Nos deja atrás,
pero una gracia
vibra liberada.

El espacio
se abre
y experimenta.

Lo que en nosotros madura
sin embargo, el complemento,
inicia el retorno.

Ambos, involucrados,
van midiendo
la vuelta.

A quien obedece
le resulte
oír.

Fluya
de piedra en felicidad
y allá en armonía.

A nosotros nos sobrecoge.
Pero nuestro tiempo
nos limita y protege.

Vaivén increíble
y yo metido
en medio.

Flujo y contra-flujo
exactamente sumados, tal vez,
pero inmensurables.

O cualquier otra verdad -
en torno a la piedra,
en más y en menos.

Roca
y
hueco.

Animal
y
voz.

Conciencia
y
roca.

Que alguien te entienda, vida,
tus juegos abiertos, claros,
tu fluir inagotable por encima
de dificultad, de tiempo y caída,
por encima de todo, entusiasmada, segura,
fluir cantante,
entienda la gracia que une tus sí y tus no,
el acorde amplio
que vibra hacia arriba desde la tierra,
lo sepa, lo sienta, vida, lo vibre,
te acompañe convencido y feliz,
agregue su propio sonido al tono de tu decir,
a la voz que cantas hacia el espacio lejano.

Queremos alabarte,
queremos unir nuestras habilidades,
nuestras pequeñas aprendidas destrezas,
aumentar en algo tu fluir,
pero más, ir, ir con lo tuyo, no perdernos,
no perder esta única vez esta única posibilidad,
acompañarte y sumergirnos, alegres, íntimos
(íntimos como jamás esperaste
que podríamos resultarte),
sumergirnos sumados a tu torrente,
que cómo podríamos alabarte,
cómo, sino yendo.

Seguirte, seguir tu camino desde piedra y agua
hasta el calor de aliento y piel,
hasta el hambre y la sed,
hasta el dormir plácido y feliz,
las carreras contra el aire y por encima,
más allá de nosotros, intuyendo, intentando,
los inicios del ámbito distinto,
hacia la ligereza, hacia la liviandad.

Siguiéndote
ver los inicios del otro universo, entonces,
del que nace en nosotros,
esa danza de gracia y energía
transparente, luminosa,
verla sintiendo sus tiempos madurando,
mutando de plenitud en plenitud.

Como llevado por su propia seriedad,
por una fuerza oscura, profunda,
cruzó las semanas, antaño, hosco y callado,
y no sabía.

Apartando los últimos matorrales,
de frente a la iniciada planicie
y apoyando el brazo en una encina
tuvo la gran intuición.
Iluminado, corriendo, busco piedras,
las apiló, corrió de vuelta,
miró y comparó,
corrigió lugar y postura,
de a poco feliz por fin,
hasta que aseguró casi el hallazgo,
incrédulo de alegría.

Y en el hogar después,
de quienes le escucharon, quién
imaginó de lo que hablaba.
O al día siguiente, la felicidad
porque no estaba nublado
y pudo comparar otra vez.
Días y declinaciones,
los cambios de verano a nieve,
el gran ciclo
hasta las marcas aún increíbles.
Ciertas una y otra vez.

Y no que había cambiado algo,
pero el corazón, cómo iba, lleno, amplio,
abarcando por encima de bosque y peligro
hacia el sol, hacia la geometría inmensa,
y aquí cerca, hacia las estaciones,
hacia costumbre y recuerdo,
hacia adentro tal vez,
hacia permanencia y flujo,
y hacia adelante, embriagado.

Y lo que nos lleve,
qué importa,
lo que nos lleva por en medio de todo,
preocupados, anhelantes, intranquilos,
y lo que maduran los agraciados,
qué va, si así somos los humanos,
nosotros, el retorno insinuado,

el inicio de esa nada
que sabe fondo y mundo.

Pero también la pradera nos esté clara y asequible,
ella que descansa en el presente y se sostiene,
y no haya nada que muestre hacia afuera -

pasto, árbol y animal
acepten complacidos nuestro venir,
nuestro alcanzar hacia ellos,
nosotros tiritando entre admiración y agrado,
acercándonos lentamente,
descalzos sobre rocío y hierba -

sumergidos en la verdad de transparencia y aroma
no sepamos de nosotros,
nos hayamos olvidado que somos
y todo esté alrededor, entorno a nosotros,
lo más propio, lo más profundo,
ahí, ahí delante de nosotros,
pulsando los ritmos de vida y pureza,
toda la intimidad volcada al otro lado de los sentidos,
y la veamos, la palpemos, la hagamos nuestra
aspirándola, aspirando aire, imagen, cambio -

y lo que hagamos,
todo el moverse, tocar, seguir,
el hacer nuestro
no sea ajeno al lugar, sea íntimo también,
así como se genera y es obvio y fácil
en manos felices -

claro, seamos parte del fluir,
compañeros de animal y roca, compañeros amantes,
seamos transparentes nosotros mismos
en medio de toda la transparencia,
sintiendo lentamente el saberla,
lentamente alegrándonos de ser
la pradera clara y asequible.

A los tiempos, corazón,
así como vienen lentamente madurando
su propia querida cosa
y se anuncian tiernamente,
darles espacio en medio de todo,
en medio del fluir,
que puedan ser libremente, holgadamente,
que expresen desde bien atrás
su nombre entero -
para esto estamos, corazón,
que nos abramos a ellos
y les dejemos decir.

Pero mira qué angosto es el cauce,
el propio espacio,
que qué cedemos, qué podemos soltar,
y son tantos que vienen y quieren madurar -
yo no sé.

Algún día sin embargo aprender
el hacer espacio
y verlos llegar suave, casi tímidamente,
verlos desarrollar sus secuencias,
las largas esperas entre cambio y cambio,
y más tarde, después de todo, aún progresando
las etapas de la vida,
el tenue recogerse en limpieza y silencio,
olvidándose a sí mismos,
desapareciendo hacia su próximo origen.

Ir con ellos cada vez,
ajustar nuestras vidas
a sus ritmos misteriosos, corazón,
a sus lentitudes serenas,
ir con ellos, acordes, de inicio a fin,
transmutando pausadamente
de tiempo en tiempo
así como vienen, y no perder ninguno.

No parece posible, en todo el tumulto.
Uno a uno ya es gracia, límite, milagro.
Pero dos, pero más, cómo, dónde, dime,
aprehenderlos paralelos, contemporáneos,
en qué mundo no se nos niega.

Entonces uno solamente, está bien,
uno que aquí se exprese,

en medio de nosotros, corazón,
un tiempo diga en mi boca todo su nombre
y yo lo pronuncie entero,
sin guardarme sonido ni tono.

Entonces cruzar los espacios
sólo con los labios cerrados,
oyendo, viendo -
obediente.

Entonces ya sólo yendo,
y en medio de lo abierto
abriéndome a mí.

Entonces siendo el tiempo
en la sangre
simultánea.

Y de pronto todo juega,
viento, luz y roca,
nada quiere quedarse,
se dejan mojar, partir, transformar,
el sol luz ilumina distinto
y participan, entusiasmados,
del juego increíble.

Y lo que fue agua, piedra, aire,
ahora va mezclado,
pulsa entre comienzo y renovación,
nace y crece, despierta y madura
y no quiere reposar, no más parecer eterno,
pero ir graciosamente
hacia el futuro desconocido.

Contagiando va
por encima de la tierra.

Nosotros mismos, cómo vamos,
jugando, jugados,
el tiempo en el corazón,
también desconocidos.

Que en nosotros se comporta
como ya un juego distinto,
apenas insinuado entre acciones y casos,

apenas esbozado sobre la faz del sentir,
incompleto, ilegible,
sólo trozos de juego, sólo trozos de gracia,
pero sin porte ni medida,
que aquí quedamos atónitos y mudos.

Queremos jugarlo,
queremos caminar por los trazos
de su bella escritura,
nosotros aún incapaces lo queremos,
de giro en giro, de verdad en verdad,
la danza liviana.

Y lo que disminuimos
hacia peso y dureza
ganarlo en la nada
que expresa su saber.

Y qué es eso último,
esa última ola afuera en la playa,
rotando ya por encima de sí, volcada y sonora,
qué es, si antes era todo
pero ahora ahí se muestra.

Y nosotros.

Palpables y reales desde antes de nacer,
ya antes de crecer hacia la bella maduración,
somos el borde afuera del centro increíble.

Mundo, secuencia y orden, noche y distancia,
todo, el universo bellissimo,
mira si no es contraste, fin y resultado,
si no es contra-juego de un otro juego,
de uno más sutil, más tenue,
pero más libre y profundo.

Si fuésemos capaces, claro,
si viésemos nuestro origen
o hacia adelante, al futuro, por encima
de las escalinatas de tiempo y maduración,
de roca y agua, retornando, hacia adelante,
el centro destino,
como mutaría sentir y verdad.

Estamos en medio.
 De la limitación nos emerge lo propio.
 Y el juego, el otro, el que no somos,
 intuido y lejano, nos contra-es
 en más y menos.

Donde se junta polvo, desprecio y olvido,
 ahí, apartado de la vista
 y detrás de la cortina floreada
 - angustia se llama su sombra -
 ahí me nació luz, calor y verdad.

No es caro el espacio ni nuevo,
 como una piedra en el campo
 que deja ir y no llama,
 como palabra invertida
 que se deshace de lo nuestro.

Su tiempo es lento
 y mi sangre aún lo alcanza,
 yo freno pero así me adelanto.
 Nunca lo logro.
 Es un comienzo, una seña,
 unos pocos pasos unísonos -
 y ya no.

Qué se reserva, si supiese,
 qué guarda para cuándo en ese ritmo quedo,
 qué suave fuerza se gesta,
 qué sonrisa, qué poder tan bajo sombras
 para qué otra gente feliz.

Lo mío es poco y luego,
 pero en esto otro
 - casi aún prohibido, casi aún ajeno -
 me inicio en la apertura
 de quietud e imagen.

En todos los lugares va la perseverancia
 mostrando la esencia del mundo,
 en la lluvia, en el viento, en marea y tierra,
 en bosque, animal y luz.

(Sólo nosotros queremos triunfar,
 ser un momento la imagen heroica, visible.
 Para quién, dime, son las piruetas,
 a quién aluden en su ignorada, equivocada soledad,
 desamadas de sí, con todo su esfuerzo
 cayendo fuera del flujo, dime,
 con el largo sufrir hacia error y fin,
 aplaudidas algunas, que alguien las premia.)

Convergen los lugares,
 se juntan como en el fondo
 de una oreja grande que quiere escucharlos,
 en un fondo que quiere asir
 los preciosos paisajes, los tiempos con frutas,
 quiere madurarse a sí mismo
 y devolver lo recibido al entorno sereno.

(A veces nos olvidamos de nosotros
 y unidos a noche o luz vamos.
 Lo que ahora hacemos, así,
 estas piruetas sueltas y lentas,
 las del corazón,
 cómo se ven en el aire,
 son hoja, viento, gota,
 enteras, llenas,
 el tiempo resbalando
 de sus graciosos giros.)

Quisimos medir.
 (Dame la verdad
 y te regalo el mundo.)
 Jugando, probando, errando,
 como construyendo una torre,
 así fuimos captando.

Y lo que fue inicio y juego
 ahora está fijo,
 gravita sobre corazón y piel
 y en los ojos impide mirar.

Maldición y sequía sobre la tierra poblada,
 y avanzan los débiles, debilitados,
 en busca de agua, de pan,
 y caen en curva y sombra, para siempre.
 Los pocos, los que llegan,

qué fuerza les queda, qué tanto ven
después de todo el restarse.

Quienes vengán sin embargo mañana,
los futuros, a ellos
les sea la distancia desde lo nuestro
bendición y sonrisa,
ellos vayan derramando lo dado,
sean patrón y referencia de sí,
serios, felices, fluyentes,
madurando sus vidas
por encima casi, rebasándolas, del tiempo,
más íntimos, más reales,
de mutación en mutación -

la maravillosa ganancia
de todo intercambio.

Lo que afuera es cariño y milagro,
la manta de luz,
en nosotros, aquí, es más, invisible,
es empuje, necesidad,
que vayas atento, aprendiendo,
y nada te repita.

Tu semblante aún sonrío pero adentro
se hizo ya, sin querer, tristeza y nostalgia,
y deambulas de nuevo anhelante, efímero,
hacia la nueva periferia,
empujado, empujado,
que el animal que te lleva qué sabe,
va y avanza,
que tú unas tiempo y camino.

Todo es nuevo.
Pero se abre, finalmente,
como cáscaras rompiéndose
y queda atrás.

Se nos pierda a veces el afuera
y no sepamos el lugar
o que olvidemos los nombres
que separan atrás y futuro,
las caras de nuestra continua mutación,
no importa.

Una sonrisa más amplia parece engolfar
afuera y adentro, antes y pronto,
y en paisajes se refleja tranquila.

Noche es la verdad del universo.
Amplia y transparente se sostiene en sí misma,
y en su intimidad tolera los juegos
de pregunta o sol, de ira o paz,
livianamente, permisiva,
que no falte espacio ni tiempo.

Oscuro
es el lugar que habita mi sangre -
cosas van y vienen,
se muestran algunas a la luz de mi saber
o se evaden, retornando, que no las vea -
es un cuenco de salud que sostiene mi vivir
y lo juega en acordes y ritmos.

Cuál es la noche grande, la otra,
la que permite las nuestras.

Es un gusto a sal. Un adormecerse.
Y una gran ola alta y volcada
te lanza lejos.

Claro, es extraño.
Construimos lo grande con pequeños ladrillos
y tan de pronto la marea del corazón
que no entendemos.

Agrado y susto en la vista
vuelas.

Somos costa en la periferia de su ir,
intento y expresión
de su vehemencia subyacente,
génesis o disolución,
el tiempo mostrando la cara que ves.

Por encima de roca y pared, hacia la tierra,
o de frente, vivo aún, impulsado y veloz,
la sal en la boca.

No obedecer - esa otra libertad.

Pero la más propia es
cuando quieres.

Como inseguros, casi intentando,
ingresamos al flujo, al río inmenso,
pero no, de vuelta y estáticos,
tiritamos nerviosos:
en este islote de náufragos
con sus verdades accidentadas
y sus recuerdos eternos.

El agua va.

Y con ella van primavera y otoño,
las noches preciosas,
las bellezas del inicio,
la fuerza, la perseverancia,
atardeciendo las dulzuras,
bailando, sumados,
que todo sea.

Y nuestro saber diciéndonos:
esto es así, eso asá.

Pero recién en el torrente
se dan las cosas enteras y felices,
madurando sus desarrollos
en cada una su velocidad,
que juntas, alegres,
se muestren seguras y propias,
abiertas como van
en el orden del tiempo.

En la mitad del semblante
la mirada del búho,
silenciosa y abierta,
reflejando la propia, la del corazón,
(así como late entre marea y marea),
atenta, que su doble centro reciba
peligro y felicidad
como transparencia y verdad,
y nada perturbe su nocturna serenidad.

Amaneciendo se va
- intercambiando -

que de su vivencia emerjan
convicción y paz
y al sol se muestren
activas y fuertes.

Un pulso
en el centro del universo
asciende
- ampliándose -
vigoroso, inmenso, lento,
que todo vibre al unísono -

un movimiento severo,
y a él se le agregan otros,
frenéticos, entregados,
como ola de fuerza y verdad,
grandiosa, terrible -

alzándose, también, subiendo,
tiembla la vida
entre miedo y entusiasmo,
la delicada, la apenas iniciada,
obedece al empuje
llevada por el pulso
que crea y posibilita -

y nosotros, casi sin aire, viendo,
arrastrados, alzados,
mareados de todo lo sentido,
de susto, de alegría,
atónitos, embriagados:

trascendiéndose a sí
va.

Somos distintos, por cierto.
Perdimos casa y lugar, la guarida del corazón,
como nómades errantes deambulamos
por el paisaje alejado.

Aún recordamos palabras de esos otros tiempos:
mantel, margaritas, miel,
los pinos, jugar a la pelota,

tarde, cama y fiebre,
 intimidad - no, si esta aún la usamos,
 es sexo, creo, o vestirse.
 Botamos lo que nos pesa, lo que no sirve.

Caminamos, avanzamos, movemos los pies.
 Dónde estamos. O que alguien vea
 a través del polvo que hacemos.
 Hacia dónde. O son puras vueltas.
 Y ese, mira, ríe -
 y al reír descansa, tal vez.

Estamos presos en toda la libertad.
 Cambiamos nuestras monedas del valer,
 las apostables, compramos y somos.
 Las veces que quieras.

Sueltas en la mente van las antiguas,
 las necesidades, calladas como eran,
 ahora desgarradas, hirientes -
 disfrazada una y mira, atrayente que parece,
 todos compran.

Depredados, depredando,
 si ya quiénes somos.

Marea el recuerdo, la imagen de gente
 generando presente y vida,
 generosos, dadivosos,
 esos libres que obedecían,
 esos felices sintiendo
 inicio y retorno
 como constancia y hogar,
 como lluvia, huerto y pan.

Tiempo, origen de los otros,
 quiero nombrarte, decirte,
 asir tu esencia, pero -
 no puedo.

Hacia atrás, sólo, la estela maravillosa,
 el desarrollo de cada cosa,
 urgida que va necesidad tras necesidad
 según le abras tu espacio inespacial,
 le hagas participar de tu transcurso innombrable -

las imágenes parciales, las bellas,
 verdor, flores, fruto, humus,
 que ordenas como tonos de una melodía,
 y yo, juntándolas,
 escuche tu verdad ensordecedora, embriagado,
 junto a ti de momento en momento -

el intercambio paulatino
 en que madura cada verdad, mostrando,
 antes que mute, su naturaleza más íntima,
 lo propio, desnudo y fuerte -

y mutando entonces,
 ver lo otro, lo próximo,
 que ya no es lo impropio, de nuevo,
 sino limpio y sano
 un inicio, un comienzo,
 la necesidad triunfante.

Y a mí mismo, percibirme,
 sentirme expresado como la música
 de uno de tus instrumentos,
 incesantemente sido
 que apenas logro escucharme,
 así como me vas de tono en tono,
 de compás en compás,
 ahora una de tus piezas -

temporal, íntimamente.

Si alguien viniese
 y de pronto te cuestionase,
 tirase en medio del pecho, como lanza,
 la pregunta ¿eres feliz? -
 ¿qué harías?

Deambula mi vista
 por paisajes de mi vida,
 nombro algunos -
 pero parece que no valen.
 Recuerdo gestos, caras,
 un objeto que fue precioso,
 una mano, un regalo -
 pero no.

Turbado y silencioso
me dejo llevar por mis pies.

La noche otoñal envuelve mi andar,
huele el aire a trigo y a fruta dulce,
y de las hojas que ya caen
emergen aromas transparentes,
grillos se atraen
y unos pájaros expresan dolor y anhelo
por en medio de la oscura distancia.
Orión todavía es visible
pero Scorpio aún no sube.
El flujo de la vida se me muestra
ancho, intenso y profundo,
y viéndole, me admiro.

El peso del sueño se apodera de mí:

que pronto, en mi reposado respirar,
vibre mas entregado junto a todo este ir,
a los ritmos que aquí se encontraron,
y sepa mi sangre lugar y tiempo
como signos de mi vivida respuesta.

Es una tela de luz
puesta sobre la roca
cariñosamente.

Somos el iniciado retorno
al centro
indecible.

Calidez y perseverancia
se concentran
humanamente.

Tiempo
es la verdad
primera.

Roca y agua
son su bello
complemento.

Experiencia y expresión
su juego
precioso.

La sonrisa recorre
el aire
de la tierra,

cruza los espacios
y contagia
tiernamente,

que todo goce
entre inicio y retorno
serenidad y dulzura.

Blanco y negro
se abrazan
con fuerza,

disminuyen
y
aumentan

según
el tiempo
los gire.

Desprendida voz
sobre la tierra
humana,

que lluvia o sol
no te sorprenda
enredada

y siempre esté pronto
tu nuevo
inicio.

Amaneciendo
saber
de la tarde.

Diciendo
ser
el silencio.

Y viviendo
intercambiar
lo uno con lo otro.

Suelto y sereno
ir por delante
de toda necesidad

viviendo
sus luchas
limpias y sanas

llevando
génesis y disolución
en medio del alma.

Animal,
roca
y aire

girando
en torno
al inicio

que es
sabiamente
el final.

Haciendo
el
dejar ser

y expresando
lo
propio,

de necesidad
en
necesidad.